

amor, casi místico, a la tierra propia, es tan puro y desinteresado, tan imprescindible que sin poder dejar de venir, se conforman con pisar en ella, respirar el aire y marcharse como una sombra misteriosa, sin dejar huella ni recuerdo? Nadie los vió, nadie se dió cuenta de su presencia ni de su paso, nadie pudo penetrar, ni aún haciéndolo hubiera podido comprender, el momento sentimental de aquel visitante que, solo entre las gentes de la Plaza o en el silencio de un callejón sin salida, evocaba a sus padres, la escuela a que lo llevaron, los chicos con que jugó... y con los ojos rasados de agua, iba dando vueltas, poco seguro de las entradas y salidas y menos del equilibrio de su mente, alterada por la emoción de los recuerdos de la infancia.

El visitante que no dejó huella, que no buscaba a nadie, que solo quería verse de pie en el solar donde nació, se llevó sin embargo, refrescado y enriquecido, su conocimiento del pueblo y la seguridad de nuevas, entrañables evocaciones, que el tiempo y la distancia se encargarían de embellecer aumentando el caudal lírico de su vida.

Así ha pasado con muchos y así pasó por aquí poco ha, una chica de la calle de la Estación, la alcazareña sin par, Elisa Ramírez. Y ahora que me doy cuenta de su existencia y de su valer, después de haber olvidado que se agarraba a mis pantalones de pequeña para no caerse, quisiera fijar aquí su recuerdo para que la mente flaca no sufriera nuevos olvidos de lo esencial alcaza-

reño. Menguado empeño, sin embargo, porque no la conozco personalmente y solo se de ella que nació en las casas del Chimeneón y que ya en la calle de la Estación, la Concha del Estudiante, que era un poco zahorí, predijo un día que la Elisita sería una mujer de valía.

Actualmente es madre de familia; su marido es el ingeniero asesor de la embajada de España en Francia y viven en la alta sociedad de París.

Desde la calle de la Estación hasta la *Ville Lumière* hay un interregno que aparece relevantemente aprovechado al observar su correspondencia, de una distinción y de una corrección impecables, de una galanura y de una agudeza sorprendentes, imposibles sin una cultura sólida y amplia que no se adquiere frívolamente. Sus cartas son impresionantes por su diafanidad que llega a la transparencia; sus ideas claras, de rigor metódico; sus citas justas y oportunas; sus conceptos clásicos, de sólida formación. En fin, lo que se dice una cabeza perfectamente equipada y en condiciones de cualquier empresa grande. Y sobre todo esto un amor a su tierra que nadie podía suponer, gracias a lo cual el nombre de Alcázar, anda por París cada dos por tres representado con absoluta propiedad y la dignidad máxima.

La existencia de esta criatura, la respetable madame Elisa Ramírez de Castillo, de méritos sobresalientes indudables, es un orgullo para Alcázar, cuyo nombre no deja de pronunciar ella diariamente con veneración.

Nadie aquí valorará esto que en un hombre sería rarísimo pero en una mujer parece imposible, ¡Cuanto habrá luchado la Elisita para no dejar fea a la Concha del Estudiante, que no lo era de por sí! Mereces, hija mía, el agradecimiento y la admiración de tu pueblo y yo, Don Nadie, como quien dice, me complazco en hacértelo presente, con el respeto, con la consideración, con el entusiasmo y con el cariño que para mí tiene todo lo alcazareño.